

POETAS DE COLOMBIA

LUIS C. LÓPEZ

Otras poesías del libro inédito que posiblemente se edite en Costa Rica.

FABULILLA

...Y aquel gran tigre cebado,
que con saña se comía
—de noche y a pleno día—
los burros de mi cercado,

se murió... Todo el ganado
solípedo le temía
cual teme la burguesía
la zarpa del potentado...

Tigre viejo, sabio y fuerte,
que a muchos asnos dió muerte
y se murió como en broma,

para que más de un jumento
clamase con sentimiento:
¡Murió como una paloma!

IN MEMORIAM

A SOTO BORDA
† 1919.

¡Oh, si pudiera, noble camarada,
darte de mi jardín rosas hermosas
y olorosas!... Pero ¡ay! si ya mis rosas
me las comí hace tiempo en ensalada.

¿De qué vale hoy regar tumba regada?...
Tu madrecita en tardes dolorosas,
te pondrá—como frescas mariposas—
lo que no ha de poner mi carcajada...

Sin embargo, donoso compañero,
casi me duele el corazón... Y quiero
recordar aquel rancio ventorrillo,

donde te conocí vencido y fuerte,
y donde me dijiste al conocerte:
—Sirve un trago y me das un cigarrillo...

A UN BODEGÓN

¡Oh, viejo bodegón, en horas gratas
de juventud, qué blanco era tu hollín,
y qué alegre, en nocturnas zaragatas,
tu anémico quinqué de kerosín!...

Me parece que aun miro entre tus latas
y tus frascos cubiertos de aserrín,
saltar los gatos y correr las ratas,
cuando yo no iba a clase de latín...

¡Pero todo pasó!... Se han olvidado
tus estudiantes, bodegón ahumado,
de aquellas jaranitas de acordeón...

No vale hoy nada nuestra vida!... ¡Nada!
Sin juventud la cosa está fregada,
más que fregada, viejo bodegón!...

¡OH, MARAVILLA!

La altivez de la vela,
la firmeza en la quilla,
y el blancor de la estela:

¡Oh, maravilla!
El aliento yodado
que trasciende a la orilla,
y este oro derramado:

¡Oh, maravilla!
La emoción del poeta
con su alma sencilla
en la tarde violeta:

¡Oh, maravilla!
Y en esta hora musical,
bajo la luna, el agua brilla
en un estuche de cristal:

¡Oh, maravilla,
¡oh, maravilla elemental!

ARTURO TORRES RIOSECO
(Chileno)

NOCHE SEÑERA

La luna es un medio mamey: asoma
detrás de la perilla
de un mirador. Y el faro
con brusquedad insólita hace guiños.

La silueta de un perro,
fugitiva y elástica, en un muro
da ódicamente un salto...
Y esto asombra en la calle a un policía.

Y en la noche señera, en el silencio
de la ciudad levítica, obsesiona
y pide una pedrada
la impertinencia erótica de un gato.

PARA VUESA MERCED

«Como dixo Aristóteles,
es cosa verdadera...»

ARCIPRESTE DE HITA.

Pesia mí que non porto sino dieta
para Vuesa Merced. Algüen me fizo
bachiller, zascandil, anacoreta,
dándole a mi yantar poco chorizo.

Duéleme situación tan incompleta,
porque a la fin, en acuitado hechizo,
tórnome patizambo sin muleta
y con amén de uñero y panadizo.

Mas sabed, item más, señora mía,
que mi amor, aunque mi ánima es agreste,
non trata de facer cosa fullera.

pues con la mi cuaresma en alcancia,
iqué ha de haber—según dixo el
[Arcipreste—
juntamiento con fembra placentera!

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

Una del montón

POR LUIS TABLANCA

DE qué covacha humildísima, salfa?
¿De qué zaquizamí del Paseo de
Bolívar? ¿De qué tugurio de las faldas
del Guadalupe? Oyéndolo de sus labios,
que no fueron parcos en el mentir, no
era de cueva ni cosa parecida sino de
un cuartito muy aseado y muy cuco,
donde tenía instaladas holgadamente
su mesa de aplanchar, su hornillo para

calentar la plancha, su cama y su
baúl; un poco apartado del centro pero
en provecho suyo, pues gozaba de aire
puro y de tranquilidad para el trabajo.
Satisfecha de que se le creyera lo que
decía terminaba siempre con una son-
risa. ¿Y para qué contradecirla? Cerca
o lejos, bonita o repugnante, lo cierto
era que de su vivienda misteriosa Cor-

nelia salía puntualmente los sábados,
abrumada bajo una carga de talegos
lentos de ropa para entregar, limpia
como la nieve. Honrada como nin-
guna, jamás quiso marcharse antes de
que se confrontaran las piezas con el
apunte. Sus manos requemadas, casi
negras, donde las venas eran como
gruesos cables bajo la lustrosa piel,
tomaban las camisas y hacían notar la
nitidez con que las entregaba:

—Ni extranjeras, advertía, ni ex-
trajeras las tendría usted mejores.
Vea qué brillo de pechera, es un
espejo.—Y reía mostrando su denta-
dura completa, de piezas un poco
amarillas y largas.

—¡Ah! Tienes dientes postizos!

—Recuerdo de uno de mis hijos, que
me la hizo cuando estudiaba la den-
tistería. Más de veinte años hace y
está como el primer día.—Y después